

El fomento del Turismo de Gerona

Entre las consideraciones que pueden formularse en torno de su I Asamblea Provincial, y aparte de las conclusiones logradas, destaca por su valor y efectividad la importante Circular dictada por el Excmo. Sr. Gobernador Civil, como primera realidad de nuestras ambiciones turísticas.

Mucho venía hablándose de turismo, como poco resultaba lo actuado a su respecto. Por eso las primeras realidades logradas en el mismo inicio de esta nueva etapa que hoy comienza bajo los auspicios del Fomento del Turismo de Gerona, merece por entero no solo nuestro aplauso, sino que debe ser para todos magnífica esperanza en otras realidades que poco a poco se irán sucediendo.

Todos los enviados de la prensa—diaria y comarcal—que asistieron a este I Asamblea, enjuiciaron en sus crónicas con absoluta unanimidad la gran vocación que mueve el actual propósito.

Por de pronto, ahí está esta magnífica Orden Circular que la primera Autoridad Civil de la Provincia dirigió a los Sres. Alcaldes y a la realización de cuyo contenido pueden los pueblos afectados ver completamente saneada su propia fisonomía urbana, liberándola de tanta desidia como los años vinieron acumulándole.

Por otra parte sabemos—y ello quizá es la noticia mejor—que la meritada Circular no fué dictada para incrementar los folios de unos archivos, sino que transcurrido que sea un tiempo prudencial, que en la mayoría de los casos no pasa de 30 días, va a ser exigido su más riguroso cumplimiento.

En el mismo capítulo figura así bien la concesión, o mejor consignación especial, que para el arreglo de nuestras carreteras acababa de conceder el Ministerio de Obras Públicas. Cantidad—seis millones y medio de pesetas—que aun considerándola insuficiente para a la grave realidad de buena parte de nuestras rutas, no deja

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 29 DE JUNIO DE 1950

HELENISMO PRACTICO

7 DIAS

Convendría desterrar de las mentes la idea de que lo puramente griego, lo heredado de los hijos de Cécrops, es la esencia espiritual de toda nuestra civilización, sólo ella. Cabe afirmar, luego de detenido estudio, que los griegos nos legaron a nosotros particularmente, una capacidad para lo estético, una posibilidad del goce que en pocos lugares del Mediterráneo, excepto en Italia se da con tanta intensidad. Y claro es que esta capacidad de goce no la estaremos aplicando siempre a la poesía ni a la música, sino que, armados de ella, descenderemos al solaz artificioso y sabroso de una buena comilona o al arte de amenizar una salida al campo.

Por ejemplo: un desembarco en lanchas a Giberola, la luminosa playa de todos conocida, aunque se haga con cestos llenos de sartenes y botellas, no por ello deja de ser totalmente helénica. Después de todo, los compañeros de Ulises tenían buena cuenta de sacrificar a los dioses profusión de reses, de las que quemaban las entrañas, *comiéndose, empero*, los bien asados miembros.

Bajo un cielo que Dios nos conserve y un sol que no nos aumente, dispusimos un grupo de amigos la estancia de todo un día en tan delicioso paraje. Los avances de la civilización habían dotado a los pescadores de unas extrañas gafas y las lanzas de bronce de la Iliada se metamorfoseaban en fusiles submarinos con etiqueta francesa: Los «Sards» y lubinas, empero, eran dignos descendientes de los del siglo IV antes de Jesucristo. Y así advino que se consumieron, no sin que en su condi-

de ser muy bella premisa de lo mucho que puede lograr una actuación cuando, como ahora de verdad existe.

A la vista de este acontecimiento, tuvimos la sensación que, como muy bien apostilló uno de nuestros colegas, en política turística había ya pasado la época del lamento. Epoca insulsa e irritante, en que toda nuestra actuación consistía en ir quejándonos

mentación se transparentara la exquisita sabiduría decantada tras una civilización de muchos siglos de vida.

Comer en mitad del bosque, cercano a la playa, puede tener un gran encanto y también un gran prosaísmo. Mas cuando se vive entre los dignos hijos del pueblo más esteta del mundo, del que creó todas las artes, es muy difícil caer en el lado soez o chabacano. Una sana alegría invade los rostros, en la certeza de que aquella libación no será la última; brota la canción, que parecen co-rear las copas de los pinos y encinas con su rumor leve, y los más conspicuos personajes de la ciudad pierden los contornos de tales para remedar los gestos y actitudes de un inocente pastorzuelo.

Así eran las fiestas de los antiguos griegos. Del mismo modo que a la «passada» le falta sólo el aditamento de las heces del vino para semejar a un «comos» rural de los tiempos de Epicarmo, las salidas a una playa con su correspondiente comilona, en el mismo paisaje de la Grecia eterna, tienen un encanto mitad hedonista, mitad ritual, que no se marchita. Y aunque a la vuelta la ondulante espalda del mar nos obligue a hacer partícipes a los peces de una porción de nuestro banquete, no por ello se aminoran los cantos ni se decoloran nuestras mejillas. Y al arribar a las aguas mansas del puerto, nos parece que el mismo rey de los Feacios en persona ha de salir a darnos la bienvenida, mientras la recatada Nausica se esconde tras un eucalipto del Paseo del Mar.

J. V. A.

de males, males típicos y tradicionales; la mayoría de los cuales pueden hallar remedio en nuestra propia mano.

Con la constitución del Fomento del Turismo de Gerona termina ese largo capítulo de inconciencias, para dar paso al optimismo que se manifestó en dichas jornadas, optimismo que en lo menester nosotros certificamos con las líneas de este comentario.

Ingratitud contra lealtad

Hace unos pocos días, dióse en la calle uno de los muchos actos que a diario ocurren a la luz pública y que por ser muy frecuentes, parece como si no debiera dárseles la importancia que en si encierran. Aunque intervinieran en aquel acto un ser racional y otro irracional, no puede menos de aplicársele el título que encabeza estas líneas. El hecho fué lo siguiente.

Iba por la calle tirando de un carrito, paso a paso, un asno, casi un pollino; detrás del carro, pero ya unos pasos atrás, iba el carretero conversando con otro individuo, sin parar atención al camino que iba siguiendo el animal. Así, llegaron a un cruce de calles y el asno, sin nadie que le guiara y con una inclinación muy natural, siguió recto hacia la calle que le venía enfrente, continuación de la que había venido siguiendo.

Debió equivocarse con esto el pobre animal, porque al punto se le vino encima el carretero, quien lanzando una blasfemia tras otra, le sacudió la cabeza tirando con su fuerza de las bridas, a la par que le arreaba tres o cuatro coces al vientre.

Ante tan deprimente espectáculo, cabe pensar si los términos estaban invertidos. Si entre las barandas debía ir tirando el que hacía de carretero y el sufrido animal guiar al que así ocuparía su lugar de entonces. A buen seguro que el irracional no se comportara como lo estuvo haciendo su amo.

Pero ya que esto es imposible, ¿no podría existir alguna ley que reprimiera tales espectáculos, para protección de aquellos animales primero y en bien de nuestra ciudadanía, después?

Si a individuos como el que nos ocupa no les ha llegado nunca ni un asomo de humanismo, cabe recordarles de forma enérgica que viven entre hombres y que a los animales domésticos como es la raza caballar, de los cuales se sirven para sus quehaceres, se los ha de tratar con miras mucho más elevadas de las que se emplearían para unos animales semi-salvajes.

A su rendimiento, nobleza e inteligencia, no ha de corresponderseles con salvajería, sino con gratitud y más cuando ésta procede del hombre.—LORENS.